

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio
Fecha: domingo 13 de diciembre de 2015
Página: 5A
Año: 91
Edición: 34572
Descriptor: **PATRIMONIO CULTURAL-CUENCA.**

Conservación preventiva del patrimonio edificado (I PARTE)



Vista aérea del centro histórico con la calle Bolívar.

El cuidado de la identidad, las relaciones humanas y el respeto, ayudan a constituir una arqueología social que sumada a la gestión de los sitios y monumentos, afianzan la riqueza patrimonial de un pueblo.

Uno de los más destacados arquitectos europeos del Siglo XX, Andrea Bruno, en los textos publicados en un libro denominado “Oltre il Restauro”, “Mas allá de la restauración”, sostiene que cada persona en su vida edifica su propia “Arqueología Personal”, y ésta es entendida como el “lugar lejano en el que se encuentran los juegos de la infancia, en donde solo el instinto nos conduce a hacer las cosas con las cuales congeniamos, por los misteriosos pensamientos que derivan de las experiencias precedentes”.

Y agrega: “Recuerdo entonces, el deseo de conservar y entregar, y una idea del tiempo que es de contemporaneidad, donde el pasado y el presente coexisten, y son ya mañana”

Esta idea de conservar y entregar, en la mente de un niño, está sustentada en dos actitudes que se relacionan con la preservación del patrimonio: el niño conserva lo que aprecia, lo que ama, lo que toca su vida, sus experiencias y su pequeño mundo descubierto. Allí están los sedimentos arqueológicos de su personalidad y sus valores futuros.

En la actitud del niño está también el deseo de guardar (atesorar) y de entregar (compartir) gracias a lo cual la experiencia remota se vuelve presente, los seres queridos acompañan con cercanía y presente y pasado establecen un diálogo que cimienta las acciones y comportamientos futuros.

Valor y memoria son la arqueología personal

Si valor y memoria son dos conceptos que asociamos a las cosas que personalmente queremos conservar, es pertinente preguntarse si también en la ciudad lo que nos mueve a conservar ciertas cosas y otras no, tienen relación con el valor y la memoria: ¿es equivalente la experiencia individual a aquella social? Y, dando un paso adelante, ¿por qué a la sociedad le podría ser útil preservar ciertas cosas?

En las aulas universitarias cuando iniciamos la introducción a la Teoría de la Restauración, a mis estudiantes les planteo regularmente estas sencillas preguntas: ¿qué es el patrimonio?, ¿por qué conservarlo?

Las respuestas son interesantes y muy variadas. Comienzan las respuestas por lugares comunes como: “por ser el legado de nuestros antepasados”, “por ser parte de nuestra historia”. Hay quien apela a un pragmatismo desconcertante: “por que está declarado por la UNESCO”, o “por que nos sanciona el municipio”...

Afortunadamente hay otras mas que contribuyen a desarrollar un debate siempre creciente en intensidad y profundidad. Rápidamente la pizarra se llena de respuestas que abren nuevas preguntas, lo que permite que el concepto de patrimonio se vaya enriqueciendo y profundizando generosamente.

Sus expresiones son convencidas y sinceras: salen a flote conceptos relacionados con la memoria y la identidad, la calidad del ambiente patrimonial, el valor y la herencia cultural. Ya estamos hablando de cultura. Cerca del final de la clase, la pizarra se llena con nuevos términos como “respeto”, “cultura de paz”, “oportunidades”, “convivencia”, “auto-reconocimiento...”.

El patrimonio de nuestras ciudades es parte de una realidad urbana compleja, rica en ideas, generosa en sentido común, pródiga en acciones colectivas. Es un universo de

impulsos individuales y colectivos, conducidos por una forma social de entender el mundo y la vida.

El resultado profundo de este proceso es la construcción del sentido de lo cívico, de una entidad cívica sobre la cual las nuevas sociedades cimentan su empeño de definir los nuevos espacios. El patrimonio fomenta la creatividad, es un punto firme en la vida de sus habitantes que incide en su actitud, en sus formas de comportamiento y en su sensibilidad. ¿No es acaso ésta, una incontestable realidad en Cuenca? No es esta ciudad, el resultado de grandes esfuerzos humanos concretados en momentos claves de su historia?

Los riesgos de la modernidad

En nuestras ciudades contemporáneas, cabe preguntar ¿hasta qué punto el mercado (inmobiliario, del suelo, de servicios, de movilidad, de entretenimiento, de comercio, etc.) ha tomado -de espaldas de la planificación y a la responsabilidad de las administraciones, o lo que podría ser peor, en connivencia con ellas- las riendas de las grandes decisiones sobre el qué hacer y el cómo hacer en nuestras ciudades?

Ejemplos muy elocuentes los podemos encontrar en nuestras periferias, en los modernos cordones urbanos que atenazan, a veces de manera asfixiante, a nuestras ciudades históricas con precaria conectividad, sin reservas verdes, sin servicios, y con una muy débil presencia de contenidos culturales y espirituales que enriquezcan el mundo urbano creado.

La ciudad del pasado en su génesis y perenne innovación, tuvo tanto de proyecto social cuanto de impulso individual, no solo en la concreción de lo público sino en la de los bienes particulares, un cierto espíritu que remitía recurrentemente a lo público. La ciudad fue entendida como bien colectivo.

En este esfuerzo, la poca comunicación y el aislamiento del pasado (tengamos presente a Cuenca) lejos de ser obstáculos para soñar en una gran ciudad, se constituyeron en estímulos para desencadenar creatividad, cooperación, manejo de recursos locales, conducidos por un orden centenario y sustentado en saberes y conocimientos remotos y consistentes.

Y en la intimidad de lo privado, las relaciones humanas tenían el amparo de una arquitectura compuesta por patios para la luz y el aire fresco, conectados entre sí con otros espacios que marcaban sutiles matices entre la vida social y la vida privada, entre la actividad doméstica del huerto con sus decenas de hierbas y plantas y el patio, generoso en belleza y ornamentos. La arquitectura histórica goza de una integralidad y de un sentido común ejemplares.

Desde esta perspectiva, Cuenca es un caso emblemático, pues si bien esta ciudad tiene bellos monumentos individuales de especial escala y valor, la mayor parte de su área

patrimonial está constituida por construcciones modestas, menudas en sus proporciones. Así nació la ciudad patrimonial: una realidad edificada sobre interrelaciones de escala, color, textura y materia que induce a recorrerla, con pequeños jardines y huertos al interior de sus manzanas que sumaban (construcción social implícita) constituyendo mosaicos de verdor y frondosidad en el corazón mismo de la ciudad.

A fines del siglo XIX la ciudad se propuso cambiar. Su arquitectura supo mantener con sobriedad su proporción, sus referentes de lectura y entendimiento; la ciudad no dejó de ser el espejo de una sociedad contrastada, de casas señoriales y de moradas humildes para obreros y artesanos, que hoy forman los barrios que guardan la memoria de la cultura popular material e inmaterial, constituida en la arqueología social de esta ciudad andina.

El patrimonio y por tanto las ciudades históricas, son una manifestación de cultura. De culturas –en realidad- que se expresaron de modos diversos y que se sedimentaron en forma lenta e implacable, mediante impulsos centenarios. En este maravilloso proceso de creación, la historia de la sociedad se fue constituyendo en materia.

CONCLUSIÓN

En la región, desde los asentamientos cañaris de Guapondelig, la irrupción del mundo incaico y de la colonia española, las identidades anheladas de la joven república, la presencia de personajes extraordinarios que dieron un formidable golpe de timón a la arquitectura local como Juan Stiehle, hasta las importantes transformaciones del siglo XX. Todos se esforzaron por crear arquitectura consistente, espacios acogedores, lugares de vida.

De aquí que las ciudades históricas exijan su conservación honesta, integral y planificada. Actuar contra la destrucción de ese patrimonio es luchar no solo por la conservación de los viejos edificios y monumentos históricos, sino por la persistencia de la identidad y sus contenidos.

En este sentido actúa también la Conservación Preventiva. Su concepción teórica no se limita estrictamente a tratar de encontrar métodos y sistemas para la buena gestión de los edificios, de los sitios y de las ciudades históricas, sino que actúa –a través del patrimonio- directamente en la persistencia de la “arqueología social de la ciudad” es decir, es la esencia que contribuye a proteger los fundamentos de identidad, de respeto, de relaciones humanas, de cultura y creatividad de nuestras sociedades.(F)

Texto y Fotos:

Fausto Cardoso Martínez, profesor Universitario, director del equipo técnico que formuló el expediente para la inclusión de Cuenca en la Lista del Patrimonio Mundial (1998-99). Director del proyecto de investigación Ciudad Patrimonio Mundial (vIIRCPM) de la Universidad de Cuenca. Foto de Cuenca antigua, cortesía de Eduardo Sánchez.